

muerta que se obstinaba en salir de la tumba, — ¿quién sabe? quizás con el objeto de matarla otra vez, — sintió posarse sobre sus hombros una mano pesada que le obligó á encorvarse y á dejarse caer en un sillón.

La misma mano pasó sobre su rostro y ató detrás de su cabeza alguna cosa que le tapaba la boca y le impedía hablar.

— Queriais saber quién soy, repitió la condesa en voz baja pero solemne. Pues vais á quedar satisfecho.

Soy el fantasma vengador, la imagen terrorífica de vuestro crimen, el remordimiento que no muere.

Soy la condenada por el tribunal de los Asises de Limoges; la inocente sacrificada, la viuda inconsolable á quien habeis privado de dos esposos, la madre de la hija que ha muerto.

Este, — y designó á M. José que se mantenía de pié al lado del sillón en que estaba atado Hércules, — este es aquel niño débil que ha desconcertado vuestro plan infernal, el compañero fiel de mis sacrificios y de mis venganzas, el auxiliar seguro que me ha acompañado siempre, me ha servido y me ha amado siempre.

Gigant no podía responder, pero sus miradas expresaban una angustia y un terror desconocidos.

— Dios es justo, continuó la condesa. Nosotros éramos bien débiles: una mujer sin nombre y sin patria, y un pobre niño, un aldeano...

Vosotros érais bien fuertes. Teniais la estimación pública, la fortuna, todo.

Y sin embargo, esta mujer y este niño son los que van á decidir hoy de vuestra suerte.

Alzó la mano, y en seguida la sala se fué oscureciendo insensible y gradualmente; la luz de la lámpara se apagó, y los actores de esta escena quedaron por unos momentos sumidos en una profunda oscuridad.

Luego, Gigant vió de repente aparecer en frente de él un resplandor, como si la pared se hiciese trasparente, y hecha aquella luz mas viva aun á través de la pared, apercibió un siniestro cuadro.

Veía un cuarto espacioso ricamente amueblado, y en aquel cuarto, justamente en frente de él, había un enfermo acostado en una alcoba oscura.

En el fondo del cuarto una chimenea, en donde estaban apagándose unos cuantos tizones, un reló, y una lámpara cubierta con su pantalla estaban sobre la chimenea.

El reló señalaba las doce.

Y como si el enfermo asistiese por su parte, á una fantasmagoría semejante á la que él presenciaba lleno del mayor terror, se incorporó con grande pena sobre el lecho, y extendió sus brazos hácia adelante como para rechazar una horrible vision.

Sus labios se contrajeron y articularon un grito de congoja, si es que puede expresarse por la palabra grito el suspiro de horror que él exhaló.

— ¡Gracia!

Hércules había reconocido á Matifay.

Elena se había colocado en plena luz, de pié y en medio del marco del grande espejo del cuarto de Matifay, como si

este espejo se hubiese trasformado de repente en un cuadro.

Extendió los brazos hácia el banquero con ademan solemne y como respondiendo al suspiro de este exclamó:

— ¡No hay gracia!

El baron se retorcia las manos con las mayores angustias.

Esta era la primera vez que la vision, puntual siempre á la hora de la cita, le hablaba; y así como había reconocido el rostro, reconocía tambien ahora la voz.

— ¿Qué es menester hacer? preguntó angustiosamente Matifay.

— Confesar tu crimen, respondió la aparición.

— ¡Yo lo confesaré!... ¡yo lo confesaré!... exclamó Matifay.

— En seguida, añadió la voz.

Y con un trágico ademan señaló el bufete del baron y le dijo:

— Ponte á esa mesa y escribe.

Matifay hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse, pero se volvió á caer sobre la cama casi sin vida.

— No puedo levantarme, exclamó.

— Es preciso, sin embargo; hasta que no hayas escrito no me moveré de aquí.

El baron hizo nuevos esfuerzos para levantarse y al fin despues de largas y penosas tentativas, consiguió poner los piés en el suelo; despues agarrándose á los muebles, alcanzó una bata, se la vistió y consiguió llegar hasta el bufete.

— ¿Qué es preciso escribir? preguntó por última vez.

Y la voz inexorable le respondió:

— Todo... todo lo que tú has hecho, y lo que han hecho tus cómplices.

Hércules comprendía, en fin, lo peligroso de la situación. Atado á aquel sillón, mudo, reducido á la impotencia mas completa, iba á asistir á la redacción de su acta de acusación, escrita por su propio cómplice.

Hacia esfuerzos extraordinarios para desembarazarse de su mordaza y poder gritar á Matifay:

— Te engañan; tú te crees estar al frente de una vision, de un espectro salido de la tumba; mientras que esa mujer que representa ese terrible papel, no es un fantasma, sino una persona viva. Desecha esos vanos terrores, no escribas, y ahora que nosotros la conocemos, y que ella se ha descubierto, nuestro triunfo no es dudoso.

Se agitaba frenética y desesperadamente en su sillón; pero las manos de M. José volvieron á posarse de nuevo encima de sus hombros, y oyó que le decían con voz grave al oído:

— Escucha, Hércules Champion.

— Es menester revelarlo todo, escribirlo y firmarlo, continuaba diciendo la condesa de Monte-Cristo.

El castigo tuyo, Matifay, es completo: la muerte te ha tocado en la frente. Dios ha permitido ese milagro. Pero, ten entendido, que no volverá á encerrarse tranquilamente en su tumba, sino cuando haya sido lavada enteramente la afrenta hecha á su nombre y rehabilitada su memoria.

Es preciso que los otros culpables sean castigados tambien como tú lo has sido.

Escribe.

Matifay se limpiaba con la manga de su bata las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente.

No porque vacilase, no se sentía con la fuerza ni con la voluntad de resistirse á cumplir una orden venida de tan alto y de tan lejos, sino que aun en aquellos momentos su razon se sublevaba contra la vision, y se decía:

— Esta es la alucinación que continúa; esta forma no existe; esta voz no habla sino en mi conciencia: con un poco de valor que tenga me pasará este acceso.

Aquel hombre estaba acostumbrado á oirse llamar *el hombre mas rico y el mas honrado de Francia*, y ¡qué! ¿iba á escribir él mismo su propia sentencia y destruir de una pluma, en un día, en una hora, la obra de perseverancia y de disimulación en que había vivido toda su vida?

Se le figuraba estar oyendo ya los cuchicheos del día siguiente:

«¿No sabeis lo que pasa?... ese millonario era un ladrón. Su probidad no era sino una refinada hipocresía; — ese patriarca tan venerable cuyo nombre se había hecho, por decirlo así, uno de los sinónimos de la palabra honor, era un asesino.»

Y ¿era él mismo quien iba á suministrar las pruebas de todo esto, á escribirlas y firmarlas de su propio nombre, puño y letra, solamente por mandato de un fantasma que no existía realmente sino en su imaginación enfermiza?...

Pensando así, Matifay tuvo un momento de valor, se sublevó contra la pesadilla, y arrojando la pluma exclamó:

— No; no quiero, y no escribiré nada de eso.

M. Gigant dió un gran suspiro que alivió su pecho.

## XLIX

### CONTINUACION DEL CAPÍTULO PRECEDENTE.

El valor de que se sentía animado Matifay, era el valor del cobarde que se subleva, el del javalí al que se acusa y acorralla.

Se acordó de los consejos del doctor:

«— Tened ánimo para dirigiros hácia la aparición á fin de convenceros de su inanidad, y entonces, quizás os vereis libre de ella.»

Se levantó decidido á seguir el consejo del doctor Ozam, á todo riesgo y costa.

Sus piernas temblorosas apenas le podían sostener, viéndose precisado para guardar el equilibrio á extender sus brazos como un hombre embriagado, ó á manera de balancin.

Es verdad que independientemente del esfuerzo moral que hacia, el esfuerzo físico era tambien extraordinario y casi sobrenatural.

A cada paso que daba sentía reblandecerse sus miembros como si fuesen de algodón, y se veía obligado á detenerse y á limpiar su frente chorreando de sudor.

Entonces se paraba y descansaba durante algunos segundos, tendiéndose sobre algun sillón que estaba á su alcance; y, cuando despues de este ligero descanso había vuelto á recuperar algunas fuerzas, continuaba su marcha hácia la aparición.

Esta permanecía en el mismo sitio, inmóvil y sin decir palabra, y ¡oh! ¡qué dicha! segun Matifay iba acercándose á ella, le parecía que se iba volviendo mas diáfana y mas vaga.

El doctor tenía razon. Aquella vision, parto de su imaginación calenturienta, no resistía cuando se la examinaba con ánimo sereno y resuelto.

Cuando Matifay llegó cerca del sitio en donde estaba, ya había desaparecido.

Luego, se le figuró al baron que la base del cuadro en que le había aparecido Elena sobre un fondo profundo y oscuro, se iluminaba poco á poco con una luz vaga.

Aquella luz, semejante á la línea plateada y brillante de la superficie de un estanque que se descubre á cierta distancia en el horizonte, iba subiendo, subiendo sin cesar y ocultando por grados, primero la parte baja del vestido de Elena, despues sus rodillas, luego su cintura, y envolviéndola en fin y haciéndola desaparecer como sumergida por una ola del mar.

Matifay ya no veía mas que los hombros de Elena, una cabeza flotando sobre el brillante nivel que fué tambien sumergida, y luego, nada.

El baron extendió entonces la mano, y su mano se encontró con un obstáculo frio y terso, con la luna del espejo en cuyo fondo se reflejaba su propia imagen, en el punto mismo en que le había aparecido la vision vengadora.

Entonces dando un profundo y prolongado suspiro que desahogó su corazón, exclamó:

— El doctor tenía razon, yo estaba loco.

Pero hé aqui que una voz sorda, muy cercana á él, vaga y débil como si hubiese venido del otro mundo, le dijo casi al oído:

— ¡Escribe!

Así fué como el fantasma dejó aterrados á los jóvenes señores compañeros de Hamlet, dando golpes sordos debajo del enlosado en la plataforma de Elseneur.

Matifay extendió sus manos encrispadas como para impedir que volviese á presentarse la vision, y como para darse ánimo á sí mismo por medio del sonido de su propia voz, exclamó:

— ¡Mentira! estos son los restos de un delirio; el espectro no existe, puesto que no le veo ya.

— ¡Escribe! le respondió la voz.

Pero esta vez, mas clara y mas vibrante.

Matifay retrocedió dos pasos, y ocurrió un fenómeno igual al que acababa de reproducirse, aunque de una manera enteramente opuesta y diferente, á medida que el banquero iba retrocediendo.



— ¡Escribe! dijo la vision.

La brillante superficie en la que se había perdido, y, por decir así, ahogado el fantasma de Elena, iba desapareciendo y dejando ver de nuevo su velo, su pálida frente, sus miradas fijas, sus labios contraídos, su busto entero; luego su mano extendida con ademán irritado, y por último, en fin, todo su cuerpo.

Y mientras esta terrible forma se presentaba y aparecía mas clara y mas precisa, Matifay retrocedía sin cesar hasta que, tropezando con el sillón que acababa de dejar cerca de la mesa, se dejó caer en él aterrorizado, medio muerto de espanto y de fatiga.

— ¡Escribe! dijo por tercera vez la voz.

Matifay se inclinó sobre la mesa y escribió... durante largo tiempo.

De momento en momento el baron se paraba para enjugar su frente, y entonces echaba una mirada al soslayo con la esperanza de ver si la vision había desaparecido.

Porque entonces, semejante á un niño que advierte que los ojos del maestro han dejado de fijarse sobre él, sin duda ninguna habría arrojado la pluma, hecho mil pedazos el papel, y retrocedido antes que hacer sus terribles confidencias.

Pero el fantasma estaba siempre allí, y cada vez que el baron volvía los ojos hácia él, le volvía á repetir con la mirada y con el gesto :

— ¡Escribe!

Cuando concluyó su relacion, dejó caer la pluma de su desfallecida mano, y la voz del fantasma volvió á dejarse oír diciéndole :

— Bien está. Tú has reparado tu crimen en cuanto te ha sido posible hacerlo. Dios te perdona, como te perdono yo.

Y en seguida, volvió á elevarse la brillante superficie desde la base del cuadro, cubriendo con su reflejo la oscura vision; y aquel espejo mágico en el que habían venido á reflejarse

las misteriosas y siniestras visiones nocturnas de Matifay, volvió á ser, al cabo de algunos segundos, un espejo ordinario como todos los demas, que reproducía exactamente la luz de la lámpara y del fuego del hogar.

El acceso había pasado...

El espíritu del banquero experimentó un bienestar desconocido, parecido al que experimenta un hombre á quien se acaba de sacar del agua medio ahogado, y que aun sin haber vuelto en sí completamente, siente renacer en él el espíritu de vida.

¿Era efecto del misericordioso perdon que Elena le acababa de otorgar?

Durante un instante, el baron tuvo tentaciones de volver á coger el testamento hecho en el acceso de locura, y de arrojárselo al fuego.

Pero acordándose de los terrores que acababa de pasar, no se atrevió á tocarlo.

— Ella me ha perdonado... se dijo; ya no volverá mas... ¡Oh! y si volviese...

En vez de desgarrar aquel fatal papel, lo dobló cuidadosamente, lo encerró en un sobre que selló, y lo colocó en la parte mas visible de la mesa.

Luego se levantó para volverse á acostar; pero se vió obligado á agarrarse con sus manos al bufete.

Sus piernas temblaban como cañas, mil luces como estrellas pasaban por sus ojos, y se sentía con la cabeza trastornada.

Sentía una grande opresion en su pecho; le parecia que había caído en un torrente, y que era arrastrado por el torbellino hácia el mar.

Oía el zumbido confuso del Océano, y las olas subían... subían sin cesar, helando sus piernas, luego sus entrañas, despues sus pulmones, y por último, su corazón.

Enderezándose entonces cuanto pudo, extendió los brazos como para resistir á aquella marea que le arrastraba hácia lo infinito, dió un grito ronco, se tambaleó y cayó, cuan largo era, delante de la mesa.

¡Acababa de morir!

La condesa de Monte-Cristo permanecía siempre de pié en el oratorio, al lado de José, de Luis y de Clemente.

Aun cuando el espejo opaco estuviese ahora completamente corrido, una abertura diestramente hecha en el artesonado del cuarto detrás de las colgaduras, les permitía ver todo cuanto pasaba en el cuarto del baron.

Cuando se cayó Matifay, la condesa se volvió hácia los tres testigos de esta escena, y les dijo gravemente :

— Nosotros no tenemos ya nada que hacer aquí. ¡Queda ya hecha justicia completa!

Durante la última parte de la escena que acabamos de contar, M. Gigant no había permanecido ocioso, ni desperdiciado el tiempo.

Persuadido desde luego que no tenía ninguna misericordia que esperar, ni de Elena ni de sus acólitos; convencido, por otra parte, de que cuantos esfuerzos hiciese para gritar y prevenir á Matifay la supercheria y el engaño de que era víctima, serian inútiles, se dejó apoderar de un grande aba-

timiento, diciéndose entre sí: Todo se ha concluido, si, y esta vez, bien concluido.

Perdida la partida, ya no había para él mas que el presidio, ó, tal vez, el patíbulo, en lugar de la fortuna.

Nada podía hacer... con las manos y los piés atados, con una mordaza en la boca, ni podía gritar, ni hacer el menor movimiento.

Por otra parte, aun cuando hubiese estado enteramente libre y hubiese podido gritar, ¿qué resistencia podría oponer él solo contra tres hombres vigorosos y decididos?

Así fué que en los primeros momentos se dejó dominar por el mayor desaliento.

Pero segun y conforme se iba prolongando la escena, se iba tranquilizando su espíritu, y con esta tranquilidad le volvía cierta vaga esperanza.

— Con tal de que consiga yo verme libre otra vez, se decía, luego, ya veremos. Bien sé yo que la partida es arriesgada, casi desesperada; pero no la tendré por perdida completamente hasta el día en que me vea con el grillete remachado en los piés.

A la verdad, hemos visto á M. Gigant bien á menudo débil, mas que débil, cobarde.

Cobarde en frente de un peligro que se descubre por un movimiento de cólera, por una palabra, ó por el temor de venir á parar en vias de hecho.

Hasta había llegado á tener miedo de Fritz, de aquel mismo Fritz á quien él despreciaba profundamente, y colocaba en segunda línea.

Pero cuando no se trataba de arrostrar ni hacer frente á un peligro inminente é inmediato ó físico, había en el alma de M. Gigant una fuerza indomable y persistente.

Habría retrocedido ante el temor de recibir un bofetón, y habría palidecido.

Pero entre la perspectiva del presidio, no tenía miedo, y volvía á recuperar poco á poco su valor.

Desde el momento en que, pasado el primer susto, se dijo interiormente :

— Es preciso que trate de escaparme por de pronto, y luego veré lo que he de hacer.

Desde aquel momento ya no manifestó ni temor, ni impaciencia por medio de ninguna demostracion exterior.

Sus mismos guardianes, Luis y Clemente, que permanecían de pié á su lado, se admiraban de su impassibilidad.

Mientras tanto, M. Gigant meditaba : hacia aun mas, trabajaba.

El que le había puesto las ligaduras había sido Clemente, y por cierto que no lo había atado así á la ligera. Los nudos estaban bien hechos, y no los habría desecho cualquiera fácilmente; pero M. Gigant era hombre que lo entendía, y nada le rdo.

Las ligaduras no estaban tan apretadas que no dejaran hacer á la mano derecha un ligero movimiento con la muñeca, muy pequeño, sí, pero lo suficiente para dar á M. Gigant cierta esperancilla.

En el bolsillo derecho de su chaleco, M. Gigant tenía un cortaplumas, y este cortaplumas era lo que él quería coger,

sin hacer ningún movimiento brusco, ni demasiado vivo que lo comprometiese si sus guardianes llegaban á advertirlo.

Fué retorciendo sus brazos insensiblemente, casi desarticulándolos, hasta que las extremidades de sus dedos pudiesen llegar á la altura del bolsillo del chaleco.

Pero una vez que lo consiguió, tuvo que detenerse, porque su mano medio vuelta no podía introducir los dedos en el interior del bolsillo.

Entonces cambió de plan, y en lugar de registrarlo por la parte superior, trató de hacerlo por la parte baja.

Fué arrancando poco á poco, con las puntas de sus uñas, y descosiendo los hilos uno á uno, punto por punto, y consiguió desgarrar el forro. Con que lograrse hacer en él un agujero del grosor de un dedo, le bastaba; mas como no tenía mas que una mano, y esa no muy libre, debía tardar mucho tiempo. Así le fué preciso emplear mas de una hora para descoser dos ó tres puntadas.

Al fin, lo logró, y pudo tocar, con sus dedos pulgar é índice, el mango de nácar del cortaplumas.

Entonces lo fué atrayendo poco á poco, haciéndolo entrar por la abertura que había hecho, y lo hizo escurrir insensiblemente en su mano cerrada.

De este modo, aunque no terminada del todo, tenía ya hecha una gran parte de su obra.

Ahora era preciso ingeniarse para poder abrir aquel dichoso cortaplumas que había logrado tener en sus manos á fuerza de tanta destreza y paciencia.

Para ello necesitaba emplear las dos manos, porque el instrumento era tan pequeño y el resorte tan fuerte, que era difícil el abrirlo.

Al fin, consiguió abrir una de sus hojas, al cabo de media hora mas de paciencia y de esfuerzos.

Ahora tenía que cortar, ó mas bien, limar el cordel que sujetaba sus manos, el cual era del grosor de un dedo.

Conseguido el tener una de las manos libre, ya era mas fácil el cortar los otros nudos ó el desatarlos.

Luis y Clemente observaban con la mayor atención los menores movimientos de M. Gigant, pero como el oratorio estaba casi á oscuras, esta oscuridad les impedía ver lo que aquel estaba haciendo.

Cada vez que Elena hablaba y que Matifay le respondía, se aprovechaba M. Gigant de este pequeño ruido para hacer maniobrar su cortaplumas; ruido que cubría el que su instrumento hacía al serrar los cordeles.

Ya se hallaba medio cortada la trenza de cañamo, y sin embargo, al parecer, sus manos no se habían meneado del mismo sitio.

Cortada enteramente, sueltas las manos, pudiendo obrar con libertad para desatar las ligaduras de sus piés, M. Gigant hubiera podido echarse de improviso sobre sus guardianes sorprendidos, y en medio de su aturdimiento, aprovecharse de él para la huida; pero á pesar de ello, no lo hizo, y se mantuvo mas inmóvil que nunca, y con sus muñecas unidas, como si hubiesen estado sujetas lo mismo que antes.

No quería exponerse á arriesgarlo todo; sino que esperaba una ocasión oportuna.

El resultado que había tenido su primera tentativa, le daba esperanzas de que no tardaría en verse fuera de aquella casa, dentro de unos instantes, y en libertad para obrar.

¿Qué haría entonces? El mismo no lo sabía.

¿Cómo podría él contrabalancear y neutralizar los efectos de la confesión de Matifay? Aquella confesión le perdía; y por mas que se calentaba la cabeza buscando el medio de hacerlo, no lo hallaba.

Mientras tanto, el baron, dominado por la mirada fija de la condesa, continuaba escribiendo aquel testamento que contenía, al propio tiempo que su condenación, la del doctor Toinon y la de Hércules Champion.

Cuando acabó de escribirla, y despues que el espejo, al entrar en su marco, volvió á dejar el oratorio sumido en la mas profunda oscuridad, Elena les dijo á José, á Luis y á Clemente:

— Dejadme; ahora ya no os necesito aquí. Dios solo será testigo de lo que pasará entre él y yo.

José quiso hacer algunas observaciones timidamente, pero Elena repitió: « Dejadme » con tal tono de autoridad, que bajó la cabeza y no insistió.

— Vosotros podeis ser dichosos todavía, añadió con una profunda melancolía. Pensad en vuestra dicha: mi obra, desde hoy en adelante, es una obra sombría, y no quiero que os mezcleis en ella.

Hubo un momento de silencio profundo durante el cual, con la frente inclinada, parecía olvidarse de que estaban presentes los tres jóvenes, y aguardaban sus últimas órdenes.

Cuando alzó la cabeza y los vió todavía de pié delante de ella, repitió por tercera vez con cierta cólera:

— ¡Dejadme! y no volvais aquí bajo ningún pretexto.

Lo que pase en este sitio debe quedar ignorado de todos, hasta de vosotros, de vosotros sobre todo, por que desde hoy es justamente cuando esta capilla va á ser realmente una tumba.

L

EL DESQUITE DE M. GIGANT.

Cuando José, Clemente y Luis salieron de la estancia, M. Gigant escuchó con la mayor atención el ruido de sus pasos segun se iban amortiguando al bajar la escalera.

Pero no se meneó, ni aun cuando estuvo enteramente seguro de que se hallaban ya demasiado lejos para poder oírle.

Aguardaba.

Las dos manos voluntariamente unidas la una á la otra,

parecía que continuaban todavía atadas; pero no por eso las dejaba estar ociosas, sino que encogido y replegado sobre sí mismo, las empleaba en desatar las ligaduras de las piernas que le tenían sujeto.

Al ver con qué destreza ejecutaba esta maniobra, se habría dicho que no era la primera vez que se ejercitaba en semejante operación.

Entre el principio de su entrada en escena en el drama de Noirmont de los Hornillos, y el momento en que hemos vuelto á ver reaparecer á Hércules Champion en nuestra historia bajo el nombre de M. Gigant, ha transcurrido mucho tiempo.

No es este el momento ni el lugar á propósito para contar las aventuras que le habían sucedido al antiguo gerente de la herrería de Gascogne durante este largo y oscuro período de su vida.

Había andado errante de un punto á otro, ocupándose de todo y reuniendo cuarto á cuarto, peseta á peseta, el capital necesario para emprender otro negocio.

Pero al mismo tiempo se había armado en guerra, por decirlo así, y tomado sus grados en la carrera del crimen.

Esos especuladores que buscan la fortuna y el modo de enriquecerse por otros medios que los lícitos y ordinarios, se ven expuestos á mil contingencias y azares, y tal vez M. Gigant habría experimentado algunos bien desagradables.

A lo menos, así lo habría hecho pensar al ver la destreza con que se desembarazaba de sus trabas, dando lugar á presumir que no era esta la primera vez que lo ejecutaba.

La condesa de Monte-Cristo no prestaba grande atención á los movimientos y manejo de M. Gigant.

Permanecía meditabunda y taciturna bajo el reflejo pálido de aquella lámpara sepulcral que alumbraba débilmente el oratorio.

Al fin, saliendo de aquella abstracción, vino á colocarse de pié delante de Champion, y le dijo:

— ¿Os acordais, Hércules, de aquel día en que, á esta hora poco mas ó menos, habeis venido á la cabecera del lecho de dolor en que yacía una débil mujer que se hallaba en visperas de dar á luz una desgraciada niña, que ya no existe, para hablarla como amo y dueño?

Á aquella mujer no le dejabais mas alternativa que la de elegir, ó el crimen ignorado de todos, ó la inocencia con el deshonor público.

Ella no vaciló en hacer su elección: eligió el deshonor. Gigant no respondió sino con un sonido ronco como un gruñido, que tal vez era un signo de asentimiento y confirmación de lo que la condesa decía.

Elena continuó:

— Aquella mujer ha sufrido, ha luchado con valor. Ha hecho mas: ha tratado, si no de perdonar, á lo menos de olvidar.

Casi lo había conseguido ya; había perdido la memoria de vuestra existencia, y la venganza le importaba poco. ¿Qué fatalidad os ha empujado y arrastrado á veniros á colocar en medio de su camino?

Ella no deseaba mas que perdonar, y vos sois quien la forzais á castigar.

Gigant hizo un nuevo movimiento, pero no despegó sus labios.

Y sin embargo, en aquel momento, ya había conseguido quitarse la mordaza.

— Vos habeis sido implacable, prosiguió diciendo Elena, y sin embargo, hace ocho dias, todavía habría podido ser yo misericordiosa: hoy no lo seré.

Cuando me miro á mí misma, no hallo en mí mas que una inexorable justicia, me siento empujada como una bala de cañon lanzada por la pólvora. Tanto peor para aquellos á quienes yo encuentre en mi camino y sean un obstáculo. Se ha concluido el tiempo de vuestra apelación pidiendo gracia; usar de indulgencia sería una debilidad. Os hallais condenado.

Se dirigió con paso grave y trágico hácia aquella especie de altar en donde se hallaban colocadas todas las reliquias que le recordaban su perdida felicidad, y volviéndose hácia Hércules, que permanecía inmóvil en su sillón aguardando un momento favorable:

— Si os he hecho venir aquí, le dijo, es porque no quiero perdonar. Si sintiese en mi corazón una piedad indigna, la voz de los recuerdos se alzaría en seguida para acusarme. Oiría salir de la tumba la de Jorge, envenenado por vos; la de Octavio, empujado por vos al abismo de las hornagueras de Noirmont... No, no... ¡no haya piedad! Del mismo modo que hace poco aparecía á Matifay el espectro de Elena de Rancogne, así se me aparecerían á mí aquellos muertos queridos y me gritarían: « ¡Castiga á los infames! »

El mismo silencio por parte de Gigant.

— Escuchad, prosiguió Elena acercándose á Champion y cruzándose de brazos delante de él: la ley del talion, esa es la justicia. Matifay ha matado violentamente, yo le he muerto.

Vos habeis hecho mas: me habeis atormentado á mí, que os había introducido en mi hogar, me habeis hecho pasar por todos los horrores de la agonía. La muerte sería un castigo demasiado suave y demasiado pronto para vos. Moriréis, pero antes de morir, padeceréis.

¡Ah! vos no conoceis los tormentos de mis noches pasadas aquí en llorar y orar, retorciéndome las manos; no sabeis cuántas veces los he visto alzarse á mi lado y decirme: « Tú nos olvidas, Elena, puesto que no hemos sido vengados. » No, sombras queridas, no os olvidaba; os traigo vuestra presa, apoderaos de ella; y puesto que su alma permanece cerrada al remordimiento, haced penetrar en ella el terror.

Que se vea obligado á vivir sus últimos dias en medio de vosotros, que estos vestigios sagrados de sus víctimas sean para él objetos terribles; que en el momento en que se hallen sus ojos próximos á cerrarse para siempre, no pueda separar su vista de ellos; y que los últimos objetos que vea antes de morir, sean como un recuerdo palpable de su crimen.

Despues de haber pronunciado esta abjuración solemne,